
Sebastián Escámez

Real Green. Sustainability after the End of Nature

Manuel Arias-Maldonado. Farnham (RU) y Burlington (EE. UU.): Ashgate
2012, 211 pp.

En el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales no hay demasiadas publicaciones cuya utilidad exceda ampliar el currículum de su autor, permitiéndole a este de paso mejorar su conocimiento de un asunto. Dentro de esta minoría ilustre, aún son menos los libros que puedan considerarse de lectura obligada para quienes se dedican a un tema específico. Raras son ya las obras que, además, merezcan el tiempo y el esfuerzo de un público más amplio: pongamos, quienes por profesión o devoción se interesan por la pregunta de qué tipo de sociedad queremos. *Real Green* es una de estas rarezas. Y lo es, no solo por la relevancia que en la agenda política contemporánea ha adquirido la cuestión ecológica, sino por el modo en que Manuel Arias la aborda: combinando buenas síntesis de información relevante (por ejemplo, la relativa a la evolución del pensamiento *verde*), exposiciones clarificadoras (destacable la de cómo la naturaleza no puede concebirse con independencia de la acción humana sobre ella), críticas enérgicas y defensas no menos decididas de las propias posiciones. Todo ello escrito en una prosa excelente que consigue implicar emocionalmente al lector, el cual se verá entusiasmado, divertido, quizá irritado..., en todo caso, nunca de forma gratuita. Nada que ver con esa tímida glosa continua de las grandes figuras en la que tanto consiste la producción de los departamentos de filosofía y teoría políticas. Si el jurado de los premios AECPA 2013 otorgó a esta obra el premio al mejor libro, *ex aequo* junto a otro excelente de Jordi Muñoz (2013), no fue por capricho.

El trabajo de Arias no es una simple traducción de su anterior en castellano: *Sueño y mentira del ecologismo. Naturaleza, sociedad, democracia* (Madrid: Siglo XX, 2008). Lo

mejor de aquel libro se puede encontrar en *Real Green*, solo que expuesto de manera más sintética. Una síntesis mediante la cual Arias se provee de más extensión que dedicar a cómo debe enfocarse la sostenibilidad en cuanto problema político. Y no solo eso: a mi juicio, en *Real Green*, la argumentación sobre la sostenibilidad es aún más clara y menos cuestionable que en *Sueño y mentira...* Además de incorporar la discusión de todo lo relevante publicado al respecto en los cuatro años que separan ambas obras, algo muy apreciable habida cuenta del dinamismo de la industria editorial en todo lo que tiene que ver con el medio ambiente.

En su libro, en la línea de Sagoff (1990), Wissenburg (1998) o Hailwood (2004), Arias acomete la ambiciosa tarea de desarrollar una teoría verde y liberal a partir de la crítica de todo lo que tiene el ecologismo de ideología radical. Esto le lleva a cuestionar los tópicos emblemáticos del ecologismo, rumiados de continuo en el discurso público sobre el medio ambiente. Así, se enfrenta a la idea de que existe una crisis ecológica global que exige transformar urgentemente el orden social para reconciliarlo con el natural; a la concepción arcádica de lo natural como horizonte político; o a la noción de sostenibilidad como algo científicamente dado y dissociado del progreso. Tales serían algunos de los sueños y las mentiras del ideario verde fundacional que, convertidos en clichés de uso corriente, estarían impidiendo un debate sereno acerca del modelo de sociedad sostenible a realizar. Es en este debate, de los ciudadanos en foros diversos y de sus representantes, en lo que Arias confía para gestar una política reformista que permita a las democracias liberales seguir generando bienestar colectivo.

Arias deja muy claro su proyecto en la introducción a la obra, para mi gusto lo mejor de esta junto con las conclusiones por la agilidad de su estilo ensayístico. Ya en la misma introducción se ocupa de descalificar la fundamentación del debate medioambiental sobre la premisa de la crisis ecológica. Según tal planteamiento, la supuesta amenaza de extinción —inmediata, en plazos que se van renovando conforme se van incumpliendo los antes anunciados— impondría una solución tan urgente que sobre ella no cabría discusión ni transigencia. Igualmente, como la crisis ecológica se supone expresión del colapso de una civilización basada en el alejamiento humano del medio, se hace pasar por remedio la transformación de los valores (modernos) y la forma de vida asociada a ellos. Todo lo demás serían parches.

No es extraño que el discurso sobre los problemas medioambientales se encuentre marcado por la crisis, si la naturaleza que debe protegerse es la naturaleza virgen, la cual, según Arias, es identificada con la naturaleza universal y absoluta por *el ecologismo*. Frente a esa mistificación bucólica de la naturaleza como reducto virgen, Arias arguye correctamente que la condición normal de la naturaleza es la de una realidad que el ser humano transforma por necesidad adaptativa. De hecho, solo el alto grado de control humano sobre el medio hace posible la idea y la práctica de su protección. Únicamente cuando la naturaleza cesa como amenaza puede convertirse en objeto de disfrute. Todo esto me parece difícilmente cuestionable, al igual que la conclusión de Arias de que la política verde tiene que comenzar por aceptar la historicidad y condición social de la naturaleza. Lo que, sin embargo, me

parece objetable es que Arias achaque al conjunto del ecologismo compartir el imaginario fundamentalista propio del ecologismo fundacional: este juicio pasa por alto posiciones como las de John Barry (1999), las recogidas por Mathew Humphrey (2003) o la del propio autor del libro. Unas posiciones que por fortuna se van dejando notar en la propia retórica del activismo verde. Esto por no hablar de la concepción de la naturaleza implícita en las políticas públicas dirigidas a la protección del medio ambiente. El mismo Manuel Arias, junto a Ángel Valencia (2003), constató no hace tanto tiempo que la política medioambiental española, reproduciendo en medida considerable la desarrollada por la Unión Europea, estaba caracterizada por la relegación sistemática de las preocupaciones medioambientales, en beneficio del desarrollo socioeconómico. A resultas de ello, en el ámbito de las políticas públicas, la sostenibilidad quedaría reducida a adjetivo retórico del desarrollo económico; lo cual no parece indicar que se tenga por presupuesto la amenaza de una crisis inminente.

El esencialismo con que el ecologismo fundacional representa la naturaleza lo conduce a equiparar la transformación del entorno con su destrucción. En lugar de esta visión de la naturaleza, que la dota de valor intrínseco, Arias propone una noción del mundo natural como habitación humana, más perfecta cuanto mejor sirva a las necesidades del hombre. Una visión humanizadora de lo natural asociada a una concepción de su dominio como “control consciente y suficiente” de nuestra relación con la naturaleza, y no como subyugación y cosificación de esta. Tal planteamiento es, a mi parecer, impecable, siempre que se le otorgue un valor estrictamente *político* en el sentido de John Rawls (1993), al efecto de ordenar la relación de la sociedad con su medio ambiente. Y es justamente esta la pretensión de Arias: contar con una noción de naturaleza que permita una aproximación propiamente política —no técnica, espiritual o religiosa— a la cuestión medioambiental; esto es, una noción de naturaleza que pueda ser compartida por la diversidad de cosmovisiones propia de una sociedad moderna. Lo cual no obsta para que, como buen liberal, el autor admita que de manera privada se cultiven diversas concepciones filosóficas y espirituales referentes a la comunicación con el mundo natural.

El programa de politización de la cuestión ambiental que Arias comienza a desarrollar en la primera parte de su libro, definiendo adecuadamente las relaciones entre naturaleza y sociedad continúa, en la segunda, reformulando el principio de sostenibilidad. Tal reformulación está ligada al examen de las dificultades teóricas para reconciliar ecologismo y democracia. Arias alerta prudentemente frente al planteamiento de la crisis ecológica como una urgencia a atajar técnicamente, sin poder quedar al albur de las mayorías, o mediante una comunicación directa con la naturaleza situada fuera de la deliberación democrática. Del mismo modo, critica las pretensiones de establecer una relación necesaria entre ecologismo y democracia, si bien esto me parece discutible: por una parte, que la sostenibilidad medioambiental sea condición necesaria de cualquier sistema político no la hace menos precisa para la democracia; por otra, los profundos cambios sociales que persigue el ecologismo no pueden prosperar sin un respaldo amplio de la población, ni sería legítimo imponerlos. Sutilezas teóricas al margen, el argumento definitivo acerca del vínculo entre ecologismo y democracia lo aporta el propio autor, al poner de manifiesto

que la sostenibilidad medioambiental no es objetivable. La sostenibilidad no es un asunto que pueda dirimirse por completo con arreglo a consideraciones técnicas, por mucho que estas puedan condicionar nuestros planes referentes a las relaciones socioambientales o la protección de ciertas especies. Se trata de un asunto esencialmente político porque implica juicios de valor (acerca de sus responsables y beneficiarios, los recursos a sostener y los medios a emplear) cuya determinación en una sociedad libre va a ser necesariamente objeto de disputa. En este sentido, la sostenibilidad no es distinta a cualquiera de los valores que estructuran la conversación y la acción política.

Relacionada con la normalización de la sostenibilidad en el contexto del debate democrático está la posible convergencia entre liberalismo y ecologismo, a la cual Arias dedica la tercera y última parte de su libro. Resulta extraño que pueda parecer exótica la defensa de un liberalismo verde, cuando los valores ecológicos han prosperado tanto en las sociedades liberales que han llegado a formar parte de su *mainstream* cultural, pero lo cierto es que hay dificultades para integrar el ideario de liberales y ecologistas. El autor da buena cuenta de ellas, considerando las referidas al reconocimiento de derechos a los animales, el perfeccionismo moral de la *ciudadanía ecológica* o la demanda de una representación política *especial* para el mundo natural y las generaciones futuras. Acierta Arias al apreciar que la neutralidad que corresponde al Estado liberal no se compadece con la moralización de las relaciones socionaturales asociada al modelo de ciudadanía ecológica, ni con compromisos referentes al valor intrínseco de todos los seres vivos. Y es razonable la confianza del autor en que la creciente preocupación de los actores políticos por el mundo natural haga innecesaria una representación especial para este. También cabe esperar, con Arias, que una mayor sensibilidad por lo medioambiental dé lugar a la consolidación de valores morales que se plasmen en deberes ciudadanos, en algunos casos, constituidos como obligaciones o incentivos regulados por el Derecho. Nada de esto resulta una novedad. Por lo que cabe compartir la visión del autor de una sociedad liberal sostenible, sin necesidad de *superarla* para dar lugar a una arcadía de ciudadanos cooperativos, desinteresados, participativos y *conectados* con la naturaleza. Eso no significa aceptar sin más el estado de cosas: el activismo ecologista, y el eco que este encuentra en la ciudadanía, desempeñan un papel muy importante en la constitución de la agenda política de una sociedad sostenible. Lo que objeta Arias es la sustitución de los argumentos por mitos en el debate público sobre la sostenibilidad.

Puede que haya lectores que no se encuentren del todo satisfechos con que Manuel Arias no entre a considerar si hay una base objetiva que conceda credibilidad al ecologismo con todo lo que tiene de hiperbólico y de sentimental; si es que no hay problemas medioambientales lo suficientemente graves como para que la idea de una crisis ecológica no sea por completo un dislate (aunque convenga enfrentarse a tales problemas con un discurso más sereno). Puede que, igualmente, los haya que tengan dificultades para compartir el liberal optimismo del autor sobre la capacidad de nuestras sociedades para generar dinámicas de producción y consumo sostenibles. Todo esto es tanto más probable cuanto más apego tenga el lector por la idea de reorganizar racionalmente la sociedad contando

con el compromiso solidario de los ciudadanos y por disfrutar del campo. No obstante, como ocurre con los viajes de aventura, hay experiencias que merecen la pena incluso si no resultan demasiado cómodas. La lectura de *Real Green. Sustainability after the End of Nature* es una de ellas. Pienso que imprescindible si se quiere hablar con propiedad del medio ambiente como asunto político.

Referencias

- Arias, Manuel y Ángel Valencia. 2003. "Claves de la emergente política medioambiental española: sostenibilidad, gobernanza y europeización", *Gestión y Análisis de Políticas Públicas*, 28/29: septiembre 2003-abril 2004, pp. 23-39.
- Barry, John. 1999. *Rethinking Green Politics. Nature, Virtue and Progress*. Londres: Sage.
- Hailwood, Simon. 2004. *How to be a Green Liberal: Nature, Value and Liberal Philosophy*. Chesham: Acumen.
- Humphrey, Mathew (comp.). 2003. *Political Theory and the Environment: A Reassessment*. Londres: Frank Cass.
- Muñoz, Jordi. 2012. *La construcción política de la identidad española: ¿del nacionalcatolicismo al patriotismo democrático?* Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Rawls, John. 1993. *Political Liberalism*. Nueva York: Columbia University Press.
- Sagoff, Mark. 1990. *The Economy of the Earth. Philosophy, Law and the Environment*. Nueva York y Cambridge: Cambridge University Press.
- Wissenburg, Marcel. 1998. *Green Liberalism. The Free and Green Society*. Londres: UCL Press.